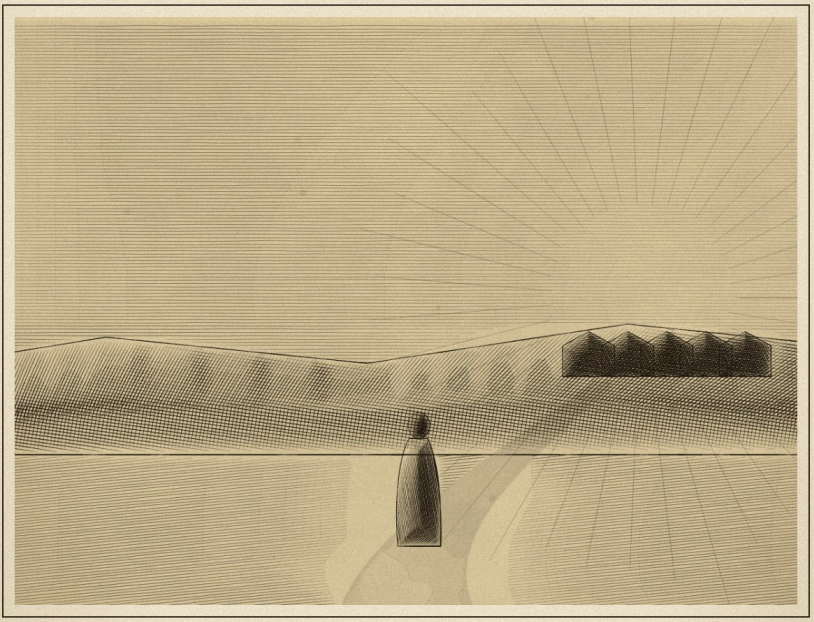
CUENTOS DE TERROR

Edgar Allan Poe y Gustavo Adolfo Bécquer



La lámpara encendida

MMXXVI

Cuentos de terror

Edgar Allan Poe y Gustavo Adolfo Bécquer

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: traducción de Manuel Cano y Cueto (Sevilla, 1871) para los cuentos de Poe, y texto original de Bécquer (1861).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

El corazón delator

El gato negro

Los ojos verdes

El monte de las ánimas

El corazón delator

¡Creedme! Yo soy muy nervioso, espantosamente nervioso, siempre lo he sido. Mas ¿por qué os empeñáis en que estoy loco? La enfermedad ha dado mayor perspicacia a mis sentidos: no los ha destruido ni embotado.

Entre todos se distingue, sin embargo, el oído como superior en firmeza: yo he oído todas las cosas del cielo y de la tierra y no pocas del infierno. ¿Cómo, pues, he de estar loco? Atención! Y contemplad con cuánta calma y cordura puedo contaros toda mi historia.

No es posible explicar como me pasó por las mientes la idea por primera vez; pero ya que me pasó, no cesó de perseguirme noche y día. Verdaderamente no había en ella objeto ni pasión de mi parte.

Yo quería al pobre viejo: él no me había hecho mal ninguno: jamás me había insultado: yo no codiciaba su oro... ¡Ah! ¡Sí, esto es! Uno de sus ojos parecía de buitre: era un ojo azul apagado y con una catarata.

Cada vez que aquel ojo se fijaba en mí la sangre se me helaba; así fue que lentamente y por grados, se me puso en la cabeza matar a aquel viejo, para de este modo librarme de aquel ojo para siempre.

He aquí, pues, la dificultad. Me creéis loco, pues bien; los locos no saben nada de nada: ¡pero si me hubierais visto! ¡Si hubierais visto con qué sagacidad me conduje! ¡Con qué precaución, con qué previsión y disimulo acometí mi empresa!

Nunca estuve tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato. Y cada noche, hácia la media noche, descorría el pestillo de su puerta y abría, ¡oh! tan suavemente!

Y cuando había entreabierto lo suficiente para que cupiese mi cabeza, introducía una linterna sorda, bien cerrada, sin dejar que asomase un solo rayo de luz; después metía la cabeza ¡cómo os hubierais reido de ver cuán diestramente metía la cabeza! Movíala lentamente, muy lentamente, para no turbar el sueño del viejo.

Una hora empleaba, cuando menos, en introducir la cabeza por la abertura, hasta ver al viejo acostado en su cama. ¿Un loco habría sido, por ventura, tan prudente? Y cuando había metido toda la cabeza, abría ya la linterna con precaución, ¡oh! ¡Con qué precaución, con qué precaución, porque rechinaba el gozne!

Abría lo preciso no más para que un rayo imperceptible de luz cayese sobre el ojo de buitre. Repetí la operación durante siete interminables noches, a media noche exactamente; pero como siempre encontrase el ojo cerrado, no pude realizar mi propósito; porque no era el viejo mi eterna pesadilla, sino su maldito ojo.

Cada mañana, apenas amanecía entraba yo resueltamente en su cuarto y le hablaba con desparpajo, llamándole cordialmente por su nombre, e informándome de cómo había pasado la noche. Muy listo había de ser el viejo para sospechar que cada noche, a media noche, le espiaba yo durante su sueño.

La octava noche, redoblé las precauciones para abrir la puerta. El horario de un reloj se mueve con más velocidad que en aquel momento se movía mi mano. Hasta aquella noche no había yo meditado todo el alcance de mis facultades y de mi sagacidad.

Apenas podía contener la sensación que me causaba el triunfo. ¡Pensar que yo estaba allí, abriendo poco a poco la puerta, y que él no soñaba siquiera ni mis intentos! Esta idea me arrancó una ligera sonrisa que él oyó sin duda; porque se revolvió súbitamente en la cama como si despertase.

Creereis quizá que me retiré, pues no. La habitación estaba tan negra como la pez, según que eran espesas las tinieblas, porque las ventanas estaban cuidadosamente cerradas por miedo a los ladrones. Así, pues, en la inteligencia de que él no podría ver la abertura de la puerta continué abriéndola más y más.

Ya había metido la cabeza, y principiaba a abrir la linterna cuando mi pulgar resbaló sobre el cierre de hoja de lata, y el viejo se incorporó en la cama gritando: ¿Quién anda ahí? Quedóme absolutamente inmóvil y sin decir una palabra.

Durante una hora entera no moví ni un músculo, y en todo este tiempo no oí que se volviera a acostar. Permanecía incorporado y alerta, lo mismo que yo había hecho noches enteras escuchando las arañas en la pared.

Mas he aquí que oí un débil gemido y conocí que era producido por un terror mortal: no era un gemido de dolor o de disgusto, ¡oh no! era el ruido sordo y ahogado de un alma sobrecogida de espanto.

Yo conocía bien este ruido: bastantes noches, a media noche en punto, mientras que el mundo entero dormía, se había escapado de mi propio seno, aumentando con su terrible eco los terrores que me asaltaban. Digo, pues, que conocía bien aquel ruido.

Yo sabía lo que el viejo estaba pasando, y tenía piedad de él, aunque mi corazón estaba alegre. Sabía que estaba despierto desde que, al oir el primer ruido, se había aumentado por momentos: había querido convencerse de que su terror no tenía causa; pero no había podido. Habíase dicho a sí mismo:

¡esto no es mas que el viento que suena en la chimenea, o un ratón que corre por el entarimado! Si, había querido recobrar el valor con semejantes hipótesis; pero en vano; en vano, porque la muerte que se

acercaba había pasado por delante de él, envolviendo con su sombra negra a su víctima.

La influencia de aquella sombra fúnebre era la que le hacía adivinar, aunque nada había visto ni oído, la presencia de mi cabeza en su habitación.

Después de esperar largo tiempo, y con gran paciencia, sin oir que volviera a acostarse, me resolví a entreabrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco, que no podía ser menos. Abríla, pues, ¡tan suavemente!

¡tan suavemente! que fuera imposible imaginarlo, hasta que al fin un rayo de luz, pálido como un hilo de araña penetró por la abertura y fue a dar en el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto del todo, y yo apenas le miré, me encendí en cólera.

Le vi clara y distintamente todo entero, de un azul empañado, y cubierto de una tela horrible, que me heló hasta la médula de los huesos; pero no pude ver ni la cara ni el cuerpo del viejo, porque había dirigido el rayo, como por instinto, precisamente al sitio maldito.

Ahora bien: ¿no os dije que lo que tomáis por locura no es más que un refinamiento de los sentidos? Pues bien, he aquí que oí un ruido sordo, apagado y frecuente, semejante al que haría un reló envuelto en algodón y lo reconocí perfectamente: era el latido del corazón del viejo.

Con él creció mi furor, como el coraje del soldado se exaspera con el redoble de los tambores.

Contúveme sin embargo, y permanecí inmóvil y respirando apenas. Empleé mi esfuerzo en sostener fija la linterna y el rayo de luz en derechura del ojo. Al mismo tiempo el latir infernal del corazón era

cada vez más fuerte, y más precipitado, y sobre todo más alto. El terror del viejo debía ser extremo.

Estos latidos, dije yo entre mí, son cada minuto más fuertes. ¿Me comprendéis bien? Ya os he dicho que soy nervioso: por lo tanto aquel ruido tan extraño, en medio de la noche y del medroso silencio que reinaba en aquella vieja casa, me causaba un temor irresistible.

Aun pude, sin embargo, contenerme durante algunos minutos; pero los latidos iban siendo aun más fuertes. Yo creía que el corazón iba a rebentar; y he aquí que una nueva angustia se apoderó de mí: aquel ruido podía ser oído por algún vecino. La hora del viejo había sonado.

Di un alarido, abrí bruscamente la linterna y me precipité en la habitación. El viejo no dio un grito; ni un solo grito. En un momento le arrojé sobre el entarimado y cargué sobre él todo el peso aplastador de la cama. Entonces sonreí de satisfacción al ver tan adelantada mi obra.

Durante algunos minutos latió todavía el corazón con un sonido ahogado; pero esto ya no me atormentó como antes, porque el ruido no podía ser escuchado a través del muro. Al fin, el ruido cesó: el viejo había ya muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo: estaba rígido e inerte.

Púsele la mano sobre el corazón y la mantuve así durante muchos minutos: ninguna pulsación: estaba rigido e inerte. El ojo maldito no podía atormentarme más.

Si persistís en creerme loco, vuestra creencia se desvanecerá, cuando os diga los ingeniosos medios que empleé para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo trabajaba velozmente; pero en silencio. Primeramente corté la cabeza, después los brazos y por último las piernas.

Luego arranqué tres tablas del entarimado, y coloqué debajo aquellos restos; volviendo a colocar las tablas tan hábil y diestramente, que ningún ojo humano—¡ni aun el suyo!—hubiera podido descubrir algún indicio sospechoso.

No había nada que dudar: ni una mancha, ni un rastro de sangre: yo había tenido gran precaución y había puesto una cubeta para que recibiera toda la sangre. ¡Ah! ah!

Cuando hube concluido estos trabajos eran las cuatro; pero estaba tan oscuro como a media noche. Daba el reloj la hora, cuando llamaron a la puerta de la calle. Bajé a abrir con el corazón sereno, porque ¿qué tenía yo que temer? Entraron tres hombres que se me dieron a conocer como agentes de policía.

Un vecino había oído un grito durante la noche, y sospechando alguna desgracia, había dado aviso a la oficina de policía, en vista de lo cual habían sido enviados aquellos señores para reconocer el sitio de donde había salido el grito.

Yo me sonreí; porque ¿qué tenía que temer? Saludé a los agentes y les dije que el grito lo había dado yo en sueños. El viejo añadí, está de viaje.

Llevé a mis visitadores por toda la casa y les invité a que registrasen bien. Por último los conduje a su habitación, y les enseñé sus tesoros en perfecto orden y seguridad.

En el entusiasmo de mi confianza, llevé sillas a la habitación y supliqué a los agentes que descansaran, mientras que yo, con la loca audacia de un completo triunfo, coloqué mi silla sobre el sitio mismo en que estaba escondido el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos: mi tranquilidad había disipado toda sospecha. Yo me encontraba completamente sereno. Sentáronse, pues, y hablaron familiarmente, alternando yo con igual familiaridad.

Pero al cabo de un corto rato, conocí que me ponía pálido, y principié a desear que se fueran.

Sentía mal en la cabeza y me pareció que me zumbaban los oidos; pero los agentes permanecían sentados y hablando.

El zumbido principió a ser más perceptible, y poco después más perceptible y claro aun; yo animé entonces la conversación y hablé cuanto pude para desembarazarme de aquella sensación tan tenaz; mas el ruido continuó hasta ser tan claro y determinado, que conocí que no estaba en mis oidos.

Sin duda debí ponerme entonces muy pálido; pero seguí hablando con más rapidez, alzando la voz. El ruido seguía, sin embargo, en aumento, ¿y qué podía yo hacer? Era un ruido sordo, apagado, frecuente, semejante al que haría un reló envuelto en algodón. Yo respiraba trabajosamente; los agentes no oían nada todavía.

Aceleré aun más la conversación y hablé con mayor vehemencia; pero el ruido crecía sin cesar. Levantéme y disputé sobre futilezas en alta voz y con una gesticulación violenta; pero el ruido crecía, crecía cada vez más. ¿Por qué no querían irse?

Yo medí el entarimado, a grandes y ruidosos pasos, como exasperado por las observaciones que los agentes me hacían; pero el ruido crecía, crecía por grados. ¡Oh Dios! ¿qué podía yo hacer? Rabié, pateé y juré, arrastré mi silla y la hice resonar sobre el entarimado; pero el ruido lo dominaba todo y crecía indefinidamente.

¡Más fuerte, más fuerte! Siempre más fuerte!! Y los hombres continuaban hablando, y bromeando y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Dios todopoderoso! no! no! ellos oian! ¡Sabian, se burlaban de mi espanto! lo creí entónces y todavía lo creo. Cualquier cosa hubiera sido más tolerable que esta burla.

Yo no podía soportar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas, y entretanto el ruido, ¿lo oís? escuchad, más alto! más alto! siempre más alto! Siempre más alto!

—¡Miserables! grité, ¡No disimuléis más tiempo! ¡yo lo confieso! ¡Arrancad esas tablas! ¡Ahí está! ¡Ahí está! Ese es el latido de su horrible corazón.

El gato negro

Relativamente a la más extraña y sin embargo más familiar historia, que voy a extender por escrito, no aguardo ni solicito el crédito. Verdaderamente sería insensato esperarlo en un caso en que mis sentidos arrojan su propio testimonio. Sin embargo, yo no estoy loco, y ciertamente no sueño.

Pero mañana muero, y hoy querría aliviar mi alma. Mi designio inmediato es presentar ante el mundo, clara, sucintamente, y sin comentarios, una série de simples acontecimientos domésticos. Por sus consecuencias, estos acontecimientos me han aterrorizado, me han torturado, me han anonadado. Con todo, yo no trataré más que de aclararlos.

Para mí no han presentado quizás más que horror, a muchas personas parecerán menos terribles que estrambóticos.

Quizás, mas tarde, se encontrará una inteligencia que reducirá mi fantasma a su estado natural; inteligencia, más calmada, más lógica, y sobre todo menos excitable que la mía, que no encontrará en las circunstancias que relato con terror más que una sucesión de causas y de efectos muy naturales.

En mi infancia había sido conocido por la docilidad y humanidad de mi carácter. Mi ternura de corazón era tan extremada que había hecho de mí el juguete de mis camaradas.

Tenía frenesí, particularmente por los animales, y mis parientes me habían permitido poseer una gran variedad de favoritos. Pasaba con ellos casi todo el tiempo y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o acariciaba.

Esta particularidad de mi carácter aumentó con los años y cuando llegué a ser un hombre, vino a constituir uno de los principales motivos de placer. Para los que han profesado afecto a un perro, fiel e inteligente, no tengo necesidad de explicar la naturaleza o la intensidad de goces que puede esto proporcionar.

Hay en el desinteresado amor de un animal, en su abnegación, alguna cosa que vá directamente al corazón del que ha tenido frecuentemente la ocasión de experimentar la humilde amistad y la fidelidad de la envoltura del hombre natural.

Me casé jóven, y fui dichoso con encontrar en mi mujer una disposición simpática a la mia. Observando mi afección por estos favoritos domésticos, no perdió ocasión alguna de proporcionarme los de la especie mas agradable. Teníamos pájaros, un pez dorado, un perro bellísimo, conejos, un pequeño mono y un gato.

Este último animal era notablemente robusto y hermoso, completamente negro y de una sagacidad maravillosa. Refiriéndose a su inteligencia, mi mujer, que en el fondo no era poco supersticiosa, hacía frecuentes alusiones a la antigua creencia popular, que miraba en todos los gatos negros brujas disfrazadas.

No significa esto que ella hablase siempre seriamente sobre este punto, y si yo lo menciono, es sencillamente porque me viene a la memoria en este momento.

Pluton, este era el nombre del gato, era mi favorito, mi camarada. Yo le daba de comer y él me seguía por la casa adonde quiera que fuese.

Esto me tenía tan sin cuidado, que llegué a permitirle me acompañara por las calles.

Nuestra amistad subsistió así muchos años, durante los cuales el total de mi carácter, por obra del demonio de la intemperancia, me

avergüenzo de confesarlo, sufrió una alteración radicalmente mala. Me hice de día en día más taciturno: más irritable, más indiferente a los sentimientos de los otros.

Me permití emplear un lenguaje brutal con mi mujer.

Con el tiempo aún la injurié con violencias personales. Mis pobres favoritos naturalmente debieron sentir el cambio de mi carácter. No solamente los abandoné, sino que los maltrataba.

En cuanto a Pluton, todavía tenía para él una consideración suficiente que me impedía pegarle, mientras que no me daba escrúpulos de maltratar a los conejos, al mono y aun al perro, cuando por acaso o por cariño se encontraban en mi camino.

Mi mal me invadía cada vez más, porque el mal es comparable al alcohol, y con el tiempo Pluton mismo, que mientras tanto envejecía y que naturalmente se iba haciendo un poco desapacible, Pluton mismo empezó a conocer los efectos de mi carácter malvado.

Una noche, como yo entrase en casa muy ebrio, saliendo de una de mis habituales tabernas del barrio, imaginé que el gato evitaba mi vista. Lo agarré, mas él espantado de mi violencia, me hizo en una mano con sus dientes una herida muy leve.

Mi alma original pareció que abandonaba mi cuerpo, y una rábia superdiabólica, saturada de gin, penetró en cada fibra de mi sér. Saqué del bolsillo del chaleco un cortapluma, lo abrí, agarré al pobre animal por la garganta y deliberadamente le hice saltar un ojo de su órbita.

Me avergüenzo, me abraso, me estremezco al escribir esta abominable atrocidad.

Cuando mi razón volvió con la mañana, cuando se hubieron disipado los vapores de mi crápula nocturna, experimenté una sensación mitad horror, mitad remordimiento, por el crimen de que me había

hecho culpable; pero era todo a lo más un débil y equívoco sentimiento, y el alma no sufrió las heridas.

Me sumí en los excesos y bien pronto ahogué en vino todo recuerdo de mi acción.

Entre tanto el gato sanó lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, es verdad, un aspecto horroroso, pero en adelante no pareció sufrir. Iba y venía por la casa, según su costumbre; pero como llegara a verme, huía de mi aprocsimación con horror extremo.

Me restaba lo bastante de mi antiguo corazón para sentirme afligido por esta antipatía evidente de parte de un sér que tanto me había amado otras veces. Pero este sentimiento dio bien pronto lugar a la irritación. Y entonces apareció como para mi postrera e irrevocable caida, el espíritu de la Perversidad.

De este espíritu la filosofía no dá cuenta alguna. Con todo, tan seguro como existe mi alma, yo creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano; una de las indivisibles primeras facultades o sentimientos que dán la dirección al carácter del hombre.

¿Quién no se ha sorprendido cien veces cometiendo una acción sucia o vil, por la sola razón que él sabía no la debía cometer? ¿No tenemos una perpétua inclinación, no obstante la excelencia de nuestro juicio, a violar lo que es Ley, simplemente porque comprendemos que es Ley?

Este espíritu de perversidad, repito, llegó a causar mi ruina completa. Es ese deseo ardiente, insondable del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por amor al mal, quien me impulsaba a continuar y últimamente a indisponer el suplicio que había impuesto al inofensivo animal.

Una mañana, a sangre fria, le puse un nudo corredizo alrededor del cuello y lo ahorqué de una rama de un árbol: lo ahorqué arrasados en lágrimas mis ojos, con el más amargo remordimiento en el corazón: lo ahorqué porque yo sabía que él me había amado y porque sentía que no me hubiese dado ningún motivo de cólera: lo ahorqué porque sabía que haciéndolo así cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma inmortal, al punto de colocarla, si tal cosa es posible, fuera de la misericordia infinita del Dios Misericordiosísimo y Terribilísimo.

En la noche que siguió al día, en que fue concebida esta cruel acción, fui despertado a los gritos de ¡fuego! Las cortinas de mi lecho estaban convertidas en llamas. Toda la casa estaba ardiendo. No sin gran dificultad escapamos del incendio mi mujer, un criado y yo. La destrucción fue completa.

Fue absorvida toda mi fortuna, y entónces me entregué a la desesperación.

No pretendo establecer una relación de la causa con el efecto, entre la atrocidad y el desastre: estoy muy por encima de esta debilidad. Mas doy cuenta de una cadena de hechos y no quiero descuidar ni un solo eslabón. El día que siguió al incendio visité las ruinas.

Los muros habian caido a tierra, exceptuando uno solo, y esta sola excepción se encontró ser un tabique interior poco sólido, situado casi en la mitad de la casa y contra el cual se apoyaba la cabecera de mi lecho.

La fábrica, había aquí resistido en gran parte a la acción del fuego, cosa que yo atribuí a que recientemente se había renovado. En rededor de este muro, una multitud estaba apiñada y muchas personas parecían examinar una porción particular con minuciosa y viva atención. Las palabras ¡extraño!

¡singular! y otras expresiones semejantes excitaron mi curiosidad. Me aproximé y vi semejante a un bajo relieve, esculpido sobre blanca superficie, la figura de un gato gigantesco. La Imágen estaba copiada con una exactitud verdaderamente maravillosa.

Había una cuerda alrededor del cuello del animal.

En seguida de ver esta aparición, porque yo no podía menos de considerar esto como una aparición, mi asombro y mi temor fueron extraordinarios. Pero al fin, la reflexión vino en mi ayuda.

Recordé que el gato había sido ahorcado en un jardín adyacente a la casa. A los gritos de alarma, el jardín habría sido inmediatamente invadido por la multitud y el animal debió haber sido descolgado del árbol por alguno y arrojado en mi cuarto a través de una ventana abierta.

Esto, sin duda, había sido hecho con el fin de despertarme. La caida de los otros muros había comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso recientemente extendido; la cal de este muro, combinada con las llamas y el amoniaco del cadáver, habrían obrado la imagen, tal cual yo la veía.

Aunque yo satisfice así a mi razón prontamente, sino tan rápidamente a mi conciencia, relativamente al suceso sorprendente que acabo de contar, obró sobre mi imaginación una impresión profunda.

Durante muchos meses no pude desembarazarme de la sombra del gato y durante este período envolvió a mi alma un semi-sentimiento, que parecía ser, pero que no era, el remordimiento mismo.

Llegué hasta llorar la pérdida del animal y buscar en rededor mio en los tugurios miserables, que en tanto frecuentaba habitualmente, otro favorito de la misma especie, y de una figura parecida, que le supliera.

Una noche, como estuviese sentado medio aturdido, en una tasca más que infame, fue repentinamente atraída mi atención hácia un objeto negro que reposaba en lo alto de uno de sus inmensos toneles de gin o rom, que componían el principal mueblage de la sala.

Hacia algunos momentos que miraba a lo alto de este tonel y lo que me sorprendía era no haber notado desde luego el objeto colocado encima.

Me aproximé, tocándole con la mano.

Era un gato negro; un enorme gato, al menos tan grande como Pluton, igual a él en todo, excepto en una cosa.

Pluton no tenía ni un pelo blanco en todo el cuerpo, al par que este tenía una salpicadura larga y blanca, mas de una forma indecisa, que le cubría casi toda la región del pecho.

Apenas le hube tocado cuando se levantó súbitamente, prorrumpió en ronca y continuada carretilla, se frotó contra mi mano y pareció encantado de mi atención.

Era, pues, el verdadero animal que yo buscaba.

En seguida propuse al dueño de la tasca comprarlo, pero éste no se dio por entendido: no le conocía; no le había visto nunca, hasta aquel momento.

Continué mis caricias y cuando me preparaba a volver a mi casa, el animal se mostró dispuesto a acompañarme. Permitíle hacerlo, bajándome de cuando en cuando y acariciándole al ir andando.

Cuando llegó a mi casa, se encontró como en la suya, y llegó a ser en seguida gran amigo de mi mujer.

Por mi parte, bien pronto sentí nacer la antipatía contra él. Era casualmente lo contrario que yo había esperado; pero no sé ni como ni porqué sucedió esto: su evidente ternura me disgustaba, fatigándome

casi. Lentamente estos sentimientos de disgusto y fastidio llegaron hasta la amargura del odio.

Evitaba su presencia y una especie de sensación de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad me impidieron maltratarle. Durante algunas semanas me abstuve de pegar al gato o golpearle violentamente; llegué a tomarle un indecible horror, y a huir silenciosamente de su odiosa presencia, como de la peste.

Lo que aumentó, sin duda, mi odio contra el animal fue el descubrimiento que hice en la mañana después de haberlo traido a casa, que como Pluton, él también había sido privado de uno de sus ojos.

Esta circunstancia no contribuyó más que a hacerle aun más querido a mi mujer, que como ya he dicho, poseia en alto grado esta ternura de sentimiento que había sido mi rasgo característico y el manantial frecuente de mis más sencillos y puros placeres.

Sin embargo, el cariño del gato para conmigo parecía acrecentarse en razón directa de mi aversión contra él.

Seguía mis pasos con una tenacidad que seria difícil hacer comprender al lector. Cada vez que me sentaba, él se acurrucaba bajo mi silla o saltaba sobre mis rodillas cubriéndome de sus caricias horrorosas.

Si me levantaba para andar, él se metía entre mis piernas y casi me dejaba caer al suelo, o bien introduciendo sus largas y agudas garras en mis vestidos, trepaba de esta manera hasta mi pecho.

En estos momentos, aunque yo deseaba matarle de un golpe, me detenia, en parte por el recuerdo de mi primer crimen, pero principalmente, debo confesarlo, por un verdadero terror que me causaba el animal.

Este terror no era positivamente el terror de un mal físico, y sin embargo, me sería muy difícil definirlo de otra manera. Estoy casi

avergonzado de confesarlo.

Si; aun en este lugar de criminales, casi me avergüenzo al confesar que el terror y el horror que me inspiraba el animal se habían aumentado por una de las más grandes quimeras que es posible concebir.

Mi mujer había llamado mi atención más de una vez sobre el carácter de la mancha blanca de que he hablado y que constituía la única diferencia visible entre el nuevo animal y el que yo había matado.

El lector recordará sin duda, que esta marca, aunque grande, estaba primitivamente indefinida en su forma, pero lentamente, por grados, por grados imperceptibles, y que mi razón se esforzó largo tiempo en considerar como imaginarios, había tomado a la larga una rigorosa precisión de contorno.

Era, pues, la imagen de un objeto que me hace estremecer al nombrarlo: era lo que sobre todo me hacia tener al monstruo horror y repugnancia, y que me habría impulsado a librarme de él si me hubiera atrevido: era pues, como digo, la imagen de una cosa horrorosa y siniestra, la imagen de la horca.

— ¡Oh! lúgubre y terrible máquina, máquina del horror y del crimen, de agonía y de muerte.

Y he aquí que yo era un miserable, más allá de la miseria posible de la humanidad. Una bestia bruta, de la cual yo había con desprecio destruido al hermano, una bestia bruta creando para mí, — para mí hombre formado a la imagen del Dios Altísimo, — un tan grande e intolerable infortunio.

Ay! yo no conocía el descanso del reposo, ni de día ni de noche.

Durante el día el animal no me dejaba ni un instante, y en la noche, a cada momento, cuando salía de mis sueños llenos de angustia

indefinible, era para sentir el tibio aliento de la alimaña sobre mi rostro, y su inmenso peso, encarnación de una pesadilla que yo era impotente para sacudir, posada eternamente sobre mi corazón.

Bajo la presión de tormentos semejantes, lo poco de bueno que restaba en mí, sucumbió. Pensamientos malvados vinieron a ser mis íntimos — los más sombríos y malvados de mis pensamientos.

La tristeza de mi humor habitual acrecentó hasta odiar todas las cosas y toda la humanidad y sin embargo mi mujer no se quejaba nunca, ay! era mi sufre-dolores ordinario, la más paciente víctima de mis repentinas, frecuentes e indomables erupciones de una furia a la cual me abandonaba ciegamente.

Un día me acompañó, para un quehacer doméstico, al sótano del viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba a habitar. El gato me seguía, por los rígidos escalones de la escalera y habiéndome tirado de cabeza, me exasperó hasta la demencia.

Levantando el hacha y olvidando en mi furor el temor pueril que hasta entonces había retenido mi mano, dirijí al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiese alcanzado, como deseaba; pero el golpe fue detenido por la mano de mi mujer.

Esta intervención me produjo una rábia más que diabólica: desembarace mi brazo del obstáculo y le hundí mi hacha en el cráneo.

Cayó al instante muerta, sin exhalar un gemido.

Terminado este horrible asesinato, me puse inmediata y muy deliberadamente a tratar de esconder el cuerpo.

Comprendí que no podía hacerle desaparecer de la casa, ni de día ni de noche, sin correr el peligro de ser observado por los vecinos. Muchos proyectos se cruzaron en mi mente.

Pensé un momento en dividir el cadáver en pequeños pedazos y destruirlos por el fuego. Resolví después cavar una fosa en el suelo de la bóveda.

Luego imaginé arrojarlo al pozo del patio: mas tarde meterlo en un cajón, como mercancía, en las formas usadas y encargar a un mandadero lo llevase fuera de la casa. Finalmente, me detuve ante un expediente que consideré como el mejor de todos.

Determiné emparedarlo en el sótano, como se dice que los monjes de la edad media emparedaban a sus víctimas.

El sótano parecía muy bien dispuesto para semejante designio. Los muros estaban construidos descuidadamente y hacia poco habian sido cubiertos, en toda su extensión, de una masa de mezcla, que la humedad había impedido endurecer.

Además, en uno de los muros había un bulto causado por una falsa chimenea, o especie de hogar, que había sido tapado y fabricado en el mismo género que el resto del sótano.

No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de este sitio, introducir el cuerpo y emparedarlo del mismo modo, de manera que ningún ojo humano pudiera imaginar nada sospechoso.

Y no fui engañado en mi cálculo. Con la ayuda de una palanca quité facilísimamente los ladrillos y habiendo aplicado cuidadosamente el cuerpo contra el muro interior lo sostuve en esta postura hasta que restableciese, sin gran trabajo, toda la fábrica en su primitivo estado.

Habiéndome procurado una argamasa de cal y arena con todas las precauciones imaginables, preparé una masa, una blanqueadura, que no podía distinguirse de la antigua y cubrí con ella escrupulosamente el nuevo tabique. El muro no presentaba la más ligera señal de renovación.

Quité todos los escombros con el esmero más prolijo y expurgué el suelo, por decirlo así. Miré triunfalmente en rededor mió y me dije: Aquí a lo menos mi trabajo no ha sido perdido.

Mi primer pensamiento fue buscar al animal que había sido causa de desgracia tan grande, porque yo al fin había resuelto darle muerte.

Si hubiera podido encontrarle en aquel momento, su destino estaba cumplido, pero parecía que el artificioso animal se había alarmado por la violencia de mi acción reciente y tenía cuidado de no presentarse en mi actual estado de humor.

Es imposible describir o imaginar la profunda, la feliz sensación de consuelo que la ausencia del detestable animal obraba en mi corazón.

No se presentó en toda la noche, y así esta fue la primera buena noche, desde su entrada en la casa, en que yo dormí tranquila y profundamente: sí, dormí como un bienaventurado con el peso del crimen sobre el alma.

Pasaron el segundo y el tercer día, y sin embargo no vino mi verdugo. Una vez más respiré como hombre libre. El monstruo en su terror había abandonado para siempre aquellos lugares. No le volvería a ver. Mi dicha era suprema. La criminalidad de mi tenebrosa acción no me inquietaba mucho.

Se había abierto una especie de sumaria la cual se había dado en seguida por satisfecha.

Una indagación se había ordenado también, pero naturalmente nada podía descubrirse. Al cuarto día después del asesinato, una porción de agentes de policía se presentaron inopinadamente en la casa y se procedió de nuevo a una esquisita investigación de lugares. Con-

fiando sin embargo en la impenetrabilidad del escondrijo, no experimenté ninguna turbación.

Los oficiales me hicieron acompañarles en la pesquisa. No dejaron de ver ni un rincón, ni un ángulo. Por fin, por tercera o cuarta vez bajaron al sótano. Mi corazón palpitaba pacíficamente, como el de un hombre que duerme en la inocencia.

Recorrí de punta a punta el sótano, crucé mis brazos sobre mi pecho y me paseé descuidadamente de un lado para otro.

La justicia estaba plenamente satisfecha, y se preparaba a marchar. La alegría de mi corazón era demasiado fuerte para ser reprimida. Me quemaba el deseo de decir una palabra, solo una palabra en señal de triunfo, y hacer duplicadamente palpable la convicción acerca de mi inocencia.

—Caballeros, dije al fin, cuando la gente subía la escalera, estoy satisfecho por haber desvanecido vuestras sospechas. Os deseo a todos buena salud y un poco más de cortesanía.

Sea dicho de paso, caballeros, ved aquí una casa singularmente bien construida (en mi rabioso deseo de decir alguna cosa con aire deliberado, entendía apenas lo que hablaba). Yo puedo asegurar que esta es una casa admirablemente construida. Estos muros... vais a marcharos caballeros? estos muros están fabricados sólidamente.

Y aquí, por una fanfarronada frenética, golpeé fuertemente con un bastón que tenía en la mano justamente sobre la pared del tabique, detrás del cual estaba el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Ah! que al menos Dios me proteja y me libre de las garras del Archidemonio.

Apenas el eco de mis golpes turbaron el silencio, cuando una voz me respondió del fondo de la tumba: un lamento primero, velado y entrecortado como el sollozo de un niño, luego, enseguida, inflamán-

dose en un grito prolongado, sonoro y continuo, anormal y anti-humano, un aullido, un alarido mitad horror, mitad triunfo, como solamente puede salir del infierno, horrible armonía brotando a la vez de las gargantas de los condenados en sus torturas y de los demonios regocijándose en su condenación.

Contaros mis pensamientos sería insensato. Me sentí desfallecer y caí tambaleando contra el muro opuesto.

Durante un momento los agentes colocados sobre los escalones quedaron inmóviles, estupefactos por el terror.

Un instante después, una docena de brazos robustos caían demoledores sobre la pared que vino a tierra de un golpe.

El cuerpo, ya muy destrozado y cubierto de sangre cuajada, estaba derecho ante los ojos de los espectadores.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas y el ojo único despidiendo fuego, estaba colocada la abominable béstia cuya astucia me había inducido al asesinato y cuya voz acusadora me había entregado al verdugo.

Yo había emparedado al monstruo en la tumba de mi infortunada víctima.

Los ojos verdes

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título. Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto.

De seguro no los podré describir tal cuales ellos eran: luminosos, transparentes como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano.

De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

—Herido va el ciervo..., herido va... no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe...

Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, y hundid a los corceles una cuarta de hierro en los ijares:

¿no veis que se dirige hacia la fuente de los Alamos y si la salva antes de morir podemos darlo por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros, se dirigió al punto que Iñigo, el montero mayor de los

marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarle el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas, jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

—¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! —gritó Iñigo entonces—. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento, se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces? —exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos —. ¿Qué haces, imbécil?

Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque. ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

—Señor —murmuró Iñigo entre dientes—, es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque esa trocha —prosiguió el montero— conduce a la fuente de los Alamos: la fuente de los Alamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res, habrá salvado sus márgenes. ¿Cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible?

Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Fiera que se refugia en esta fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánima en manos de Satanás, que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?...

Aún se distingue a intervalos desde aquí; las piernas le fallan, su carrera se acorta; déjame..., déjame; suelta esa brida o te revuelvo en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitadores. ¡Sus, Relámpago!; ¡sus, caballo mío!

Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán. Iñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecían inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin: —Señores, vosotros lo habéis visto; me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerlo. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí en adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

—Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío. ¿Qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Alamos, en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Sólo con esas cavilaciones

que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros a la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde.

Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en valde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Iñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con un cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalar sobre la pulimentada madera, el joven exclamó, dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Iñigo, tú que eres viejo, tú que conoces las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras, y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado, por acaso, una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer! —exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí —dijo el joven—, es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero ya no es posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo...

Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin despegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarse junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos... Este, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el día en que, a pesar de sus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Alamos, y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira: la fuente brota escondida en el seno de una peña, y cae, resbalándose gota a gota, por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna.

Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes y, susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno a las flores, se alejan por entre las arenas y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, saltan, y huyen, y corren, unas veces, con risas; otras, con suspiros, hasta caer en un lago.

En el lago caen con un rumor indescriptible.

Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa, para estancarse en una balsa profunda cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo allí es grande. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía.

En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando al despuntar la mañana me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no fue nunca para perderme entre sus matorrales en

pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura!

El día en que saltó sobre ella mi Relámpago, creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña...: los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpenteó fugitivo entre su espuma; tal vez sería una de esas flores que flotan entre las algas de su seno y cuyos cálices parecen esmeraldas...; no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía, una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; le he hablado ya muchas veces como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación.

Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran los ojos que yo tenía clavados en la mente, unos ojos de un color imposible, unos ojos...

—¡Verdes! —exclamó Iñigo con un acento de profundo terror e incorporándose de un golpe en su asiento.

Fernando lo miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

—¿La conoces?

—¡Oh, no! —dijo el montero—. ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta estos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, demonio o mujer que habita en sus aguas tiene los ojos de ese color.

Yo os conjuro por lo que más améis en la tierra a no volver a la fuente de los álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza y expiaréis, muriendo, el delito de haber encenagado sus ondas.

—¡Por lo que más amo! —murmuró el joven con una triste sonrisa.

—Sí —prosiguió el anciano—; por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el Cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor, que os ha visto nacer.

—¿Sabes tú lo que más amo en el mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida y todo el cariño que pueden atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos...

¡Mira cómo podré dejar yo de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Iñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

—¡Cúmplase la voluntad del Cielo!

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda.

Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre.

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la

fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre la que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Y uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero exhalaron un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—¡No me respondes! —exclamó Fernando al ver burlada su esperanza—. ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh, no!... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

—Si lo fueses..., te amaría..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más de ella.

—Fernando —dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música—, yo te amo más aún que tú me amas; yo, que desciendo

hasta un mortal siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la Tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres.

Yo vivo en el fondo de estas aguas, incorpórea como ellas, fugaz y transparente: hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues.

Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes lo premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi caso extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca.

La mujer de los ojos verdes prosiguió así: —¿Ves, ves el límpido fondo de este lago? ¿Ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?...

Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales..., y yo..., yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio y que no puede ofrecerte nadie...

Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven.

La noche comenzaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven, ven...

Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... y la mujer misteriosa lo llamaba al borde del abismo donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella..., otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas.

El monte de las ánimas

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo a las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez aguijoneada la imaginación, es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato me decidí a escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, ahí va, como el caballo de copas.

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el monte de las Animas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro el día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede en este país, porque aún no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu

yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos: los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Ánimas, pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez.

Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo.

Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los clérigos con espuelas, como llamaban a sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fue parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedición se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos.

Aquello no fue una cacería, fue una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres, los lobos a quienes se quiso exterminar tuvieron un sangriento festín.

Por último, intervino la autoridad del rey: el monte, maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse.

Desde entonces dicen que cuando llega la noche de difuntos, se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en girones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales.

Los ciervos braman espantados, los lobos aullan, las culebras dan horrorosos silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos.

Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Animas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron el resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que alrededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensa-

miento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacía rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos temerosos, en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel, y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima, exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban, pronto vamos a separarnos, tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdeñosa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido, se apresuró a añadir el joven.

De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra?

El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló a la que me dio el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo, contestó la hermosa, pero en mi país una prenda recibida compromete una voluntad. Sólo en un día de cere-

monia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aún puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

—Lo sé, prima: pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio, y volvióse a oir la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a anudarse de este modo:

—Y antes que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿no lo harás? dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no? exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro...

Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste que era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! ¿y dónde? preguntó Alonso incorporándose de su asiento, y con una indescriptible expresión de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Animas, murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitial; en el Monte de las Animas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores.

No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendientes, he llevado a esa diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras que he muerto por mi mano.

Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; yo he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión.

Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; y sin embargo, esta noche... esta noche, ¿a qué ocultártelo? tengo miedo. ¿Oyes?

Las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas! cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarle en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adonde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera!

¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte, se puso de pie, se pasó la mano por la frente, como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazón, y con voz firme exclamó dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego:

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta... pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso! dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso o aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor, que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba a punto de sonar, y Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía; no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrá tenido miedo! exclamó la joven cerrando su libro de oraciones y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la Iglesia consagra el día de difuntos a los que ya no existen.

Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió: se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristísimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído a par de ellas pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento, dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón, procuró tranquilizarse.

Pero su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas, y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador.

Después silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles, ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve, y cuya aproximación se nota no obstante en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la

mano por la frente, tornaba a escuchar: nada, silencio.

Veía con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! exclamó, volviendo a recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho; ¿soy yo tan miedosa como estas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oir una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir... pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada.

Ya no era una ilusión; las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso.

Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía, y caía con un rumor éterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de

una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día!

Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía a reirse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas; sobre el reclinatorio había visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fue a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos a noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Animas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta;

¡muerta de horror!

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Animas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles.

Entre otras, se asegura que vio a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.